

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »
Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Un año id. 50 »
ESTRANJERO, tres meses. 30 »
ULTRAMAR, un año. 6 pesos
Se suscribe en la Habana:—Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIA.

GIL BLAS tiene el honor de anunciar al respetable público que el primer número de marzo próximo, correspondiente al DOMINGO DE CARNAVAL, será un número EXTRAORDINARIO, tanto por las caricaturas como por el texto.

En el taller de nuestro dibujante se están preparando DOS PLANAS para tirarlas, no á la calle, sino en litografía, y que darán golpe.

Con este motivo advertimos á nuestros suscritores de provincia que renueven á tiempo, si no quieren tener el sentimiento de recibir tarde ó nunca el número de Carnaval.

Igual aviso damos á los vendedores, no suceda lo que con el número extraordinario de Navidad, que vinieron muchos pedidos cuando ya era imposible servirlos por estar hecha la tirada litográfica.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Estamos en grande. El jurado de la Exposicion ha publicado sus fallos, y los artistas y el público saben á qué atenerse.

Solo falta una cosa: vender los cuadros. He dicho mal, esta cosa la tenemos: lo que falta es comprarlos. Esta es la gran cuestion.

Penetremos en el hogar doméstico.

En el cuarto bajo.

—¿Sabes de dónde vengo, Pepita?
—De tomar el sol; es lo único que has podido tomar, porque como no llevabas un cuarto...
—Te equivocas; he tomado una racion de vista en la Exposicion, gratis por ser miércoles.
—Hasta en eso tienes suerte, marido. Yo fui el otro dia, y me encontré con que era de pago. ¡Mala peseta que di por entrar! Luego supe que el dinero era para los pobres, y estuve tentada de decir en la puerta:—Puesto que lo que se da aquí es para los pobres, devuélvame Vd. la peseta, y se la daré á mi marido;—pero me contuve por el qué dirán.
—Hiciste bien. ¡Si vieras tú que se me han pasado unas ganas de comprar un cuadro!
—¡Puedel!
—He visto un gallinero que parece de verdad.
—¡Vaya un capricho! Cuando quieras ver un buen gallinero, te vas al paraiso del teatro Real ó la plazuela de San Miguel.
—Pero, mujer, ¿y el arte? ¿No protegerias tú el arte?
—¡Como protegen tanto el tuyo! Eres el mejor oficial de sombrerero que conozco, y nadie te da premios. ¡Me rio yo del arte!
—Ese es otro arte.
—Vaya, hijo, que con tu arte me estás ya cargando; lo que yo quisiera era el arte de tener siempre un duro en el bolsillo.
En el principal.
—¡Precioso, duquesa, precioso!
—¿Habla Vd. del perro?
—No, de la yegua... un animal encantador. ¿Cuánto le costó á Vd.?

—Un dineral, pero es de sangre.
—Ya se conoce.
—Ahora espero un tronco que me cuesta 20,000 rs.
—De modo, que reúne Vd. cuatro yeguas de primera, carretela, berlina, brek...
—La vida es muy cara, vizconde; añada Vd. el abono á los teatros, la servidumbre, etc., etc.
Un criado.—Señora duquesa, ahí está aquel caballero que viene de la Exposicion de pinturas.
—Que entre. Mandé pedir precio de un cuadro, porque es preciso proteger las artes. Aquí llega. ¿Cuánto quieren por el cuadro?
—Cuatro mil reales.
—Es muy caro; un cuadro que apenas tendrá tres varas de ancho y dos de alto. Nada, que se quede con él. No están los tiempos para hacer gastos. Es necesario economizar.
—A los piés de Vd., señora.
—¿Lo ve Vd., vizconde? No se puede ser generosa con estos artistas.
—¡Ya se ve que no! ¡Cuatro mil reales! Con seis mil más se puede comprar un buen caballo.

En el piso segundo.

—Aquí tienes, mi querida esposa, la lista de los gastos de este mes.
—¿Todos?
—Todos, y admirablemente distribuidos.
—Veamos.
—Casa y servidumbre, 4,000 rs. Modista y teatros, 12,000 rs. Gastos particulares míos, 60 rs. Limosna, 3,000 rs.
—¡3,000 reales de limosna!
—Sí, mujer. (Aparte.) Es la única manera de que pasen mis gastos particulares.
—Opino porque la partida de la limosna debemos reducirla.
—Falta otra cantidad: un cuadro que he comprado en la Exposicion, 1,000 rs.
—¡Qué barbaridad! Eso es tirar el dinero sin compasion. ¡Mil reales por un cuadro! Por eso sí que no paso.
—Pero, mujer, ¿y el gusto de tener en casa un bodegon...?
—Yo no quiero bodegones en mi casa. ¿Qué dirán los que lo vean?
—Si tanto te incomoda dejaremos de comprar el cuadro; pero es un trastorno, porque ya tengo hecha la suma con estos mil reales.
—Pues déjala hecha: se cambia solo el objeto. En lugar de decir cuadro, dirá abrigo.
—¿Otro?
—¡Hombre, si no tengo más que siete!
—Entonces... ¡yo creí que tenias veintiocho!

En el piso tercero.

—¿Da Vd. su permiso?
—Adelante.
—Si no me equivoco, aquí debe de ser.
—Usted dirá.
—Yo tengo encargo de varios artistas para vender sus cuadros.
—¿Y á mí, qué?

—¿No habia Vd. pedido precio de aquel país?..
—Yo no he pensado en comprar ningun país.
—Un país de pintura.
—En materia de pinturas no compró más que las que gasta mi mujer, y sobra.
—Usted dispense... me habré engañado... ¿No es usted D. Victorino Benalua?
—No, señor; yo me llamo Lino Malaspulgas.
—Vuelvo.

En el sotabanco.

—Mamá, yo quisiera un cuadro.
—No está mal cuadro el que presenta tu papá, teniendo que mantener siete bocas con seis mil reales de sueldo.

En un cuarto interior.

—Vecino, ¿quiere Vd. venir á la Exposicion de pinturas?
—¿Para qué? Con asomarme al patio veo cuadros más lastimosos que los que se puedan ver allá.

Un memorialista.

Estoy furioso, desesperado, horripilado... He sabido que el vecino de ahí enfrente acaba de dar cuatro mil reales por un memorialista que estaba pintado en la Exposicion. Once años llevo en el oficio, todos los dias me ve en este mismo sitio, y en vez de comprarme á mí ha ido á comprar un memorialista de pega. No se puede vivir entre esta gente. Yo emigro.

En la calle.

El Arte.—¿Quién me da una limosna?
La Opulencia.—¡Un pobre más!
El Capital.—Si yo le doy algo, ¿qué interés podré cobrar luego?
El Estado.—Los transeuntes no dan limosna; fundemos un hospital para este pobre, y pongamos este letrero sobre la puerta:

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

Luis Rivera.

EL TREINTA DE FEBRERO.

Ya se acabaron las penas, los disgustos y quebrantos, nada de duelos y llantos, y verdugos, y cadenas. Ya brilla el hermoso sol de la calma y la ventura, y por gozar su hermosura saca el cuerno el caracol. Y ante la dicha suprema que inunda todas las almas, el mundo bate las palmas como si batiera crema. Un sábio que ve certero más allá de sus narices, jura, á fé de caballero, que vamos á ser felices... para el treinta de febrero.

Ya Melpómene y Talía, enfermas las dos de pasmo, aguardan con entusiasmo la mañana de ese dia. Cien artistas en tropel las ofrecen proteccion;

ninguno tiene ambición, todos saben su papel. Al odio y la envidia extraños solo por el arte viven, y con humildad reciben coronas ó desengaños. Ninguno ser el primero pretende entre los demás; que los aplaudas espero, y si los aplaudirás... para el treinta de febrero.

Llena la gente el teatro y este la vida recobra; lloró ayer por una obra y hoy tiene setenta y cuatro. ¡Qué de ilustres escritores lo subliman á la altura, y á su lado, qué figura hicieran los traductores! Sin más afán que la gloria uno de otro van en pos, puesta la esperanza en Dios y los ojos en la historia. Desde el noble hasta el banquero ya solicitan su trato, y el que no tenga dinero, que lo pida á un literato... para el treinta de febrero,

Renace en la humanidad la virtud que al cielo guía, el cariño que extasia, la dulce fraternidad. Huyendo van de la tierra arrastrados por los suelos, la usura, el crimen, los celos, la esclavitud y la guerra. Y á las voces del deber van saliendo del abismo, la constancia, el heroísmo, la modestia y el saber. Pese á la suerte enemiga todos entramos en rueda, y á quien Dios se lo conceda San Pedro se lo bendiga.

Tal es, sin ponerle pero, el porvenir lisonjero que aguarda al pueblo español, así que aparezca un sol... el del treinta de febrero.

M. del Palacio.

MADRID DE NOCHE.

ARTÍCULO QUINTO.

I.

Voy á contar una aventura, que de día hubiera sido vulgar; pero que colorada por las medias tintas de una clara noche, puede pasar por un cuadro de género... estafalario.

El deber del hombre es el trabajo; su recompensa ¡el placer lícito! Así lo hemos dicho muchos moralistas, y así lo comprendió un inspector de barrio de Madrid que, hace algunos años, despues de trabajar y de gozar, satisfecho de sí propio, se reclinó en un duro lecho á las doce de la noche.

Hallábase en ese agradable crepúsculo del sueño, cuando se presentó un ordenanza.

—Señor,—le dijo—unos cuantos caballeros desean ver á Vd. inmediatamente.

—¿A mí! ¿Para qué?

—No sé, vienen muy agitados; uno, especialmente.

El inspector saltó de la cama y recibió á los que deseaban verle.

Eran cuatro, al parecer, caballeros; en sus semblantes pintábase la resolución, la indignación, la conmoción, y otras cosas. Uno de ellos, el más resuelto, indignado y conmovido, y á quien por cierto conocen muchos de mis lectores, tomó la palabra.

—Señor inspector,—dijo—se ha cometido un crimen horrible; un ser de la especie humana ha sido arrojado por un albañal.

El inspector se estremeció.

—Yo—prosiguió el que hablaba—he sentido los lamentos de la víctima. En vano he acudido á los guardias y á los serenos: unos y otros se han encogido de hombros. ¡Esto es indigno!!!

El inspector, oyendo azorado algunos detalles, se vistió apresuradamente, empuñó su bastón, y guiado por los caballeros indignados, se trasladó al sitio de la catástrofe.

Era en la calle del Príncipe, que estaba llena de gente. Formábanse corrillos; oíanse palabras sueltas, exclamaciones, comentarios, y un grupo más compacto que los otros, situado en la esquina de la calle del Prado, miraba al suelo con insistencia.

—Aquí es, señor inspector,—dijo el caballero indignado, señalando á un agujero que, practicado en el bor-

de de la acera, sirve de receptáculo de aguas—por aquí ha salido el lamento que ha estremecido á cuantos le han escuchado.

El inspector se inclinó á escuchar.

Nada: silencio sepulcral.

—¡Ya habrá muerto!!! exclamó el caballero indignado.

—Que se avise al tío Rata y á los alcantarilleros,—ordenó el inspector á algunos serenos que se habían reunido.

Entre tanto aumentábase la gente. Acudieron muchas damas de noche, algunos sócios del Casino, varios escritores errabundos y una plaza montada de *La Correspondencia*.

Trascurrido un cuarto de hora, presentóse el tío Rata, alcantarillero mayor, con algunos dependientes suyos.

II.

El tío Rata es un hombre ya de edad, de corta estatura, á propósito para andar por lugares de escasa elevación; de largos brazos, á propósito para apoyarse en las paredes; de pies chatos, aptos para caminar sobre el lodo resbaladizo. Tiene su semblante una palidez terrosa, y sus ojos de pupila amarillenta tienen la propiedad felina de ver en las tinieblas.

El tío Rata es natural de Madrid.

En todas las provincias de España nacen hombres más ó menos ingeniosos, que poseen la habilidad de las medianías, y que merced á ella, llegan á ser títulos ó capitalistas.

En Madrid nacen Calderon ó Adelina Patti: simplemente genios.

—¿Sabeis por qué Cervantes no pudo ser un gran poeta? Porque al nacer se desvió de Madrid cuatro leguas.

En cambio, aun no se le ha ocurrido á ningun escritor dramático madrileño terminar una obra dramática con la siguiente redondilla, de éxito seguro:

¡Id de la virtud en pos,
Fanal de la humana esencia;
La ventura es la conciencia,
porque la conciencia es Dios!

Así es que los madrileños no alcanzan éxito en nada. Será tal vez que, familiarizados desde niños con las grandezas, las desprecian.

El tío Rata, como hemos dicho, es madrileño, y quizá por esto es un genio: el genio de las alcantarillas.

Nadie mejor que él conoce ese laberinto subterráneo que se extiende por debajo de Madrid, esa inmensa entraña de la población; drenaja elemental que se dilata aun más allá de los lugares habitados. Ninguno como él ha profundizado los misterios de las cloacas, y él únicamente podría recorrerlos á tientas, señalando las áreas de agua, cañerías, ramales, empalmes; distinguiendo por las pisadas el suelo de la arcilla líquida ó sólida, de légamo ó de cal hidráulica: explicando por el tacto las construcciones de hormigón ó de mamposteria, y evitando sin vacilación los hundimientos y atascos, y todos los demás lazos de los abismos.

El tío Rata es un verdadero gnomo: su reino no es del mundo, sino debajo del mundo.

El tío Rata, *sobre la tierra*, es un ente insignificante, vulgar; *bajo la tierra* es un ser único, excepcional, titánico.

Sobre el suelo, ignora hasta el alfabeto; *bajo el suelo*, lo sabe todo: ciencias, literaturas, historias, idiomas, oficios.

Se inspira en la sentina: es el poeta del fango.

Yo no, pero un amigo mio ha tenido la inmensa satisfacción de acompañar en una escursión subterránea al tío Rata, y me ha hablado de él con entusiasmo.

—Recorrimos, me dijo, en casi toda su extensión aquellos lugares de tinieblas, andando por debajo de Madrid y de parte de sus alrededores, nosotros vacilando á la luz de los opacos faroles, el tío Rata con la misma seguridad que si se hallara en el Campo de Guardias en pleno día. Este hombre extraordinario estaba trasfigurado; su mirada era imperiosa y enérgica, y nos explicaba los sitios de la población, bajo los cuales nos hallábamos, por medio de frases parabólicas, inspiradas, sibilíticas. Yo apunté algunas de ellas, las que me causaron más impresión.

Una vez dijo: *El pino de Damasco tiene tintas negras y crece en sitios solitarios. El iris cubre su caliz de oro con un crespon violado.*

Pasábamos bajo el Jardín Botánico.

En otra ocasión exclamó: *Curro sabiendo, Cayetano toreando, Tato metiéndose, Gordito diquelando.*

Estábamos debajo de la Plaza de Toros.

Apunté tambien estas dos frases.

En la emergencia de que la concatenación de los idiomas anihile los dialectos, conviene que el bibliopola los conserve para el bibliofilo.

Atravesábamos por debajo de la Academia de la Lengua.

Cuando teníamos encima de nosotros la Montaña del Príncipe Pio, el tío Rata pronunció esta palabra extraña:

—*Oderais!*
Despues supe que *oderais* en lengua iroquesa quiere decir palomas.

En la Montaña, hay en efecto, un palomar.

III.

Despues de una breve consulta entre el inspector y el tío Rata, se decidió penetrar en la alcantarilla de la calle del Príncipe, á fin de encontrar los despojos de la víctima.

Para practicar el descenso, se levantó la piedra de un pozo que hay en el comedio de la calle, y el genio de las alcantarillas y sus dependientes se prepararon convenientemente; pero los aprestos del tío Rata se redujeron solo á unas botas blindadas.

La multitud se agrupó á verlos bajar y luego traspuso corriendo la distancia que media desde la boca del pozo al receptáculo de aguas de la esquina de la calle del Prado.

El caballero indignado, que llevó el aviso del crimen al inspector, hallábase tan conmovido como un actor á quien ya han aplaudido en el primer acto de un drama.

Formóse un gran corro en derredor del albañal. Los que estaban en segundo término preguntaban á los de primera fila, silenciosos de emoción y de impaciencia.

Se contaban con la imaginación los pasos de los poceeros que andaban por debajo de la calle.

Por fin salió el ténue resplandor de una luz por el agujero del receptáculo.

—¡Ya han llegado! exclamó todo el mundo.

—¿Qué hay? gritó el inspector.

—¡Estamos buscando! contestó una voz subterránea.

—¡Si hubiérais visto entonces al caballero indignado!

La ansiedad se pintaba en todos los semblantes. Reinaba un silencio sepulcral, comparable solo al de una casa de juego en una *talla* interesante.

—¿Qué hay? repitió el inspector.

La voz subterránea contestó:

—¡Un gato muerto!

—¡Horror!

La multitud se dispersó riendo á carcajadas, el caballero indignado se desvaneció en la sombra, el inspector y los serenos disimularon una sardónica sonrisa, y el inspector se marchó recitando estos versos:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido!

Un rato despues apareció en la boca del pozo el tío Rata. Se asemejaba á D. Quijote al final de la aventura de los batanes.

Estaba verde de indignación; tenia algo de fantasma y de sapo.

F. Moreno Godino.

MURMULLOS.

En un salon.

—¿Conque hace Vd. el amor á la marquesa, Arturito?

—¿Lo ha conocido Vd?

—Sí, como es vieja y rica...

—Ya lo sé... Pues qué, ¿cree Vd. que soy tonto?

—Nunca he dicho lo contrario.

En Capellanes.

Una máscara se acerca á un caballero pobremente vestido, pero que responde á los que le preguntan de qué es su traje, que es de *cesante*.

La máscara lo cree, tiene apetito y se cuela de su brazo, aspirando por lo ménos al consabido café con media tostada.

—¿Quién eres? le pregunta el caballero.

—Soy una hija de la desgracia.

—Entonces somos hermanos.

—¿De veras?

—Lo que oyes.

—En ese caso me voy, porque es muy soso que bailen dos hermanos.

—¿Es decir que me dejas?

—Voy en busca de un primo.

—¿Sabe Vd. que D. Anacleto ha vuelto á casarse?

—No me estraña, es tan cruel consigo mismo como con los demás.

Un agente de negocios de Madrid tiene un escribiente. Uno de los últimos días de viento llegó este á su casa sin sombrero, porque el aire, arrancándolo de su cabeza, lo había depositado en el pilon de la Puerta del Sol.

—Es decir, le preguntó el agente, ¿que el sombrero se ha inutilizado?

—Sí, señor, y lo peor es que estoy sin un cuarto.

—Yo tengo cuatro ó cinco sombreros viejos, le daré á Vd. uno;—y mandó á su criado que los buscara.

El escribiente se los probó: le estaban grandes.

—Ponga Vd. un papelito detrás del charol.

Así se hizo, pero sin resultado.

—¡Qué hacer! exclamó el escribiente.

—Lo lleva Vd. en la mano, dijo su principal; creerán que tiene Vd. calor, pero no que le falta sombrero.

(Sigue en la 4.ª plana.)

VISITAS DE CONFIANZA.



Consulta primera.

—Vengo á que me aconsejes. Mi marido se niega á comprarme el vestido azul. ¿Qué debo hacer?



Consulta segunda.

—He negado á mi mujer un vestido azul, y hoy se lo he visto puesto. ¿Qué opina Vd.? ¿Debo pagarlo?
—Meditemos.

AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO. (4)

(Continuación.)

—Y sin caer, señora.
—Lo que es edad no le falta á Vd. (Aparte.) Ni pecu-
—Ya, pero como no tengo hijos...
—Dios le libre á Vd. de ellos... No sirven más que para dar á una quebraderos de cabeza.
—A otra cosa, interrumpió Joaquín; una vez arreglada la cuestion de nombre, pasemos á la cuestion de nodriza.
—Justamente, ya sabes la voluntad de tu mujer.
—Pues por eso. Mi mujer tiene un capricho, y no hay medio de quitárselo; quiere á todo trance que el niño sea criado en un pueblo por una nodriza robusta y sana. Piensa que así se criará el chico más fuerte. Yo hubiera preferido que lo criase ella, pero...
Al llegar aquí fué interrumpido por Elisa, que desde la alcoba escuchaba la animada conversacion que sostenia el consejo de familia.
—Eso es, gritó Elisa; por ahorrarse el sueldo de una nodriza, quiere que el niño y yo acabemos tísicos.
—No, mujer, no quiero eso. Tú eres fuerte.
—Bastante siento tener que separarme de él... ¡Hijito mio!... ¡ay que remonono!... ¡Ojitos de tu madre! ¿Quién te quiere? ¡Ah! ¡parece que se ríe!...
—A ver, á ver, exclamó Joaquín dirigiéndose á la alcoba. ¿Será posible que ya se ría? Hombre, muy pronto me parece... Ni que naciera para bufo...
—Volvamos al asunto, interrumpió doña Ramona. La cosa no tiene escape; el niño se criará en un pueblo cerca de Madrid.
—Ya tengo ajustada la nodriza, y esta mañana mandé avisarla para que se venga corriendo. En cuanto se bautice el niño y el cirujano lo disponga, se lo llevará al pueblo. Yo iré á verlo á menudo.
—¿A qué pueblo lo llevan?

(4) Véase el número anterior.

—A Ocaña.
—Es un pueblo muy animado... Siempre suele tener un regimiento de caballería...
—Lo mejor es que está cerca del ferro-carril.
Y aquí dió fin el consejo de familia y termina el primer capítulo de esta interesantísima historia.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Carta que escribe la nodriza al padre del niño.

I.

Joaquín había tomado bien sus informes.
La nodriza encargada de suministrar el blanco alimento al niño Ramon, era toda una persona desacomodada, pero de buenos antecedentes.
Se llamaba Vicenta Rubiales, era natural de Ocaña, se había casado con un carretero llamado José Puerta, hombre de bien si los hay cuando está sereno, y capaz de dar una paliza al lucero del alba cuando bebe una copa.
Vicenta era de mediana estatura, pero fuerte; había parido cuatro veces desde que estaba casada, y llevaba solo cuatro años de matrimonio.
Estaba, pues, en paz con la pródiga naturaleza.
El día que Joaquín le entregó su hijo fué un día de dolor para él.
—Señora Vicenta, la dijo, aquí tiene Vd. la prenda de mi corazón. Excuso recomendarle el mayor cuidado, la mayor calma y el mayor esmero en darle el consabido alimento.
—Descúdie Vd., señorito, que mujer más sana no la encontrará Vd. en diez leguas á la redonda. Tengo yo leche para dar á cuatro chicos á la vez, con que figurese usted...
—Yo me lo figuro, pero no consiste solo en la leche. Es menester que cuide Vd. del niño.
—Pues apenas sirvo yo para el caso. Miste, á limpia naide me tose; y en fin, ya verá Vd. lo que es una mujer de su casa.
—Me alegro; por mi parte ofrezco á Vd. buena

propina, además de pagarle adelantadas las mesadas.
—No hablemos de eso; Vd. quedará contenta y en cuanto al nene... ¿Vé Vd. qué poca chicha tiene ahora? Pues cuando Vd. lo vuelva á ver, ni un carnero. El mio parece un toro.
—Bueno, pero no sea el diablo que ese toro le dé algun topetazo á mi hijo.
—No sea Vd. asina. Vaya, si á Vd. no se le ofrece otra cosa voy á despedirme de la señorita.
—Entre Vd. en la alcoba.
La seña Vicenta entró en la alcoba de la mamá.
—Con que, señorita, Dios le dé á Vd. fuerzas para echar muchos al mundo.
Elisa alzó los ojos y vió á su hijo colgado de los pezones de la seña Vicenta.
—¿Qué tal? exclamó. ¡Mama!
—No que no; mírelo Vd., más contento que unas pascuas.
—En cuanto me ponga buena iré á verlo. ¿No es verdad, Joaquín, que iremos á verlo?
—En seguidita.
—Déjeme Vd. que le dé otro beso.
La madre dió un beso al niño, el cual no estaba de humor de caricias, y dejó oír un grito desentonado.
Volvió á cogerlo la nodriza, ofreció de nuevo sus cuidados, y salió á la calle.
Joaquín le exigió que todas las semanas le escribiera hablándole del niño.

II.

Pasaron algunos dias, y hé aquí la primera carta que recibió Joaquín de la nodriza:
«Ocaña, etc.
Sr. D. Joaquín: esta solo se dirige para decirle á usted que la niña está cada dia más gorda. Cuando Vd. la vea no la conocerá. ¡Vaya una niña robusta que estoy criándole á Vd.! Con que no digo más; que la señorita se mejore, y reciba Vd. un beso de la niña, y mande usted á esta su servidora,
Vicenta Rubiales.»

Luis Rivera.

(Se continuará.)

Me han dicho que desde hace algunas noches ya no sale con frac á recibir aplausos en el palco escénico el traductor de *Juan el correo*.

Todo cansa en el mundo... ¡hasta el frac!... ¡hasta la gloria!

—¡Noticia! ¡noticia!
—¿Qué sucede?
—El baron se casa.
—¿Con quién?
—Con Enriqueta.
—¿Se casa con la mujer que le ha arruinado?
—Es para recobrar lo que ha perdido.

La escena pasa en un wagon, donde hay cuatro señoras y un estremeño, que despues de haber vendido en Madrid primeras materias para chorizos, vuelve á sus lares.

El estremeño fuma.
—¡Jesus... cuánto humo! dice una de las señoras.
—No importa, contesta el estremeño, ¡yo estoy ya acostumbrado!

En un tribunal de una ciudad de Francia ha oido el público el siguiente diálogo:

Juez.—Jóven, está Vd. acusado de haber asesinado á su padre.

Reo.—Ya lo sé.
Juez.—Pero ¡desgraciado! ¿Con qué fin ha cometido usted tan abominable crimen?

Reo.—Con el de librarme de la quinta por ser hijo de viuda.

Un periódico anuncia que ha llegado á San Fernando una señora.

—¿Si, eh?
Pero añade que ha llegado *escollada* por la Guardia civil.

—¿Quién podrá ser?
—Lo ignoro: el periódico añade que va á presidio á cumplir una condena.
¡Pobre señora!

—Se acerca el Carnaval, D. Dimas.
—Lo deseo para ver si se acaba la Cuaresma.
—¿Está Vd. en su juicio?
—No, en el de Vd., porque yo no lo tengo.

—¿Por qué era *Otelo* tan celoso?
—Porque todo lo veia negro.

Un avaro perdió á su esposa:
—¿Cuánto me costarán los funerales? preguntó.
—Seis mil reales.
—¿Seis mil reales! A saberlo antes la hubiera cuidado mucho para que se hubiera muerto despues que yo.

El *Diario de Teatros* traduce de este modo JOURNAL AMUSANT: *diario divertido*.

¡Qué modestia! En lugar de D. Juan de Castro, hubiera yo traducido: *¡Diario de Teatros!*

Un francés se acerca á un andaluz en la calle de la Montera.

—Caballero, le dice, ¿quierre esté aprenderme donde está la Puerrra del Sol?

—Llega usted tarde, camará, contesta el andaluz; la hemos enviado á la Exposicion de Paris.

Bias Perez.

CABOS SUELTOS.

Lamentándose el corresponsal de *La Esperanza* de la solucion que ha tenido la cuestion húngaro-austríaca, dice ¡oh dolor! que los húngaros quedan amos esclusivos en su casa.

—¿Ha visto Vd. nada más terrible?
Daria cualquier cosa porque *La Esperanza* me proba que nadie debe ser amo en su casa.

En un teatro de Madrid se presentó la otra noche una jóven que llamaba la atencion por su hermosura y sus brillantes.

Dos espectadores de las butacas entablaron este diálogo:

—¿Sabe Vd. lo que significa el brazaletes de brillantes que esa jóven lleva en el brazo izquierdo?
—No.
—Pues es el premio de su primer amor.
—¿Y el que lleva en el brazo derecho?
—Es el *accesit*.

La Regeneracion publica un artículo titulado: *El Progreso*.

Escamati.

Dichos.

Yo conocí á una jóven seductora que tenia un amante cada hora, y entre tantos amantes no ha podido atrapar un marido.

Bien dice doña Clea:
—*Aquel que mucho abarca poco aprieta.*

De una polluela hermosa y sin un cuarto fué novio un individuo muy lagarto, que, dando mico á la polluela hermosa, casó con una vieja poderosa.

Bien dice doña Elvira:
—*El amor de los hombres es mentira.*

Una zafia fregona cordobesa engatusó á un marqués y hoy es marquesa, y otro marqués, jugando sin sentido, perdió su capital y es un perdido.
Bien dice doña Bruna
cuando dice que es loca la fortuna.

En una perfumería de la calle de Fuencarral se ha establecido un despacho de vino de Valdepeñas. Tengo gana de ir á probarlo, para que me echen unas gotas en el pañuelo.

Una de las óperas mejor ejecutadas este año en el teatro Real es, sin disputa, *El Trovador*.

Las Sras. Penco y Borghi-Mamo, lo mismo que los Sres. Fraschini y Bonnehé están en ella inimitables. Merece tambien unánimes aplausos la orquesta.

Nuestro elogio es tanto más sincero, cuanto que GIL BLAS no suele frecuentar mucho este teatro, centro de reunion de la gente gorda.

El miércoles falleció repentinamente en la Bolsa uno de los corredores más conocidos y apreciados.

—¿Qué es eso? preguntó un banquero á otro al ver la gente que se agrupaba alrededor del muerto.

—Nada, replicó el segundo: una baja imprevista en el personal.

El célebre neo Luis Veuillot vuelve á publicar *L'Univers*.

Esto y las cartas sangrientas de *La Regeneracion*, verá Vd. como consiguen aliviar mi mal humor.

Continúan los temblores de tierra en la provincia de Murcia. ¡Vaya un temporal!

Conozco una casera que es la reina de las caseras. Tiene una magnífica casa en la calle de Atocha, número... ¡tente, lengua! Ya iba á cometer la indiscrecion de revelar á Vds. el secreto.

Ello es que esta señora casera habita el sotabanco de su casa, —120 escaleras...

Ayer fui á visitarla.

—¡Uf! déjeme Vd. descansar, señora mia, que subo echando los botes.

—De poco se queja Vd... Yo las subo tres ó cuatro veces al dia.

—¿Cómo diablos vive Vd. tan alto siendo suya la casa?...

—¡Qué quiere Vd., los cuartos de abajo los he puesto tan caros...!

Ha salido para Paris nuestro querido amigo el distinguido pintor Sr. Casado, comisionado para la organizacion y estudio de la pintura española en la Exposicion Universal.

Nos alegramos que este cargo haya recaido en persona tan competente como el Sr. Casado.

Hay dos maneras de estar indeciso: la de los tontos, que no tienen ideas, ó la de los sábios, que tienen muchas.

Sobre Méjico va Juarez, los fenianos sobre Irlanda, el frio sobre nosotros, y nosotros sobre nada.

Ha salido *El Sainete*, un antiguo amigo nuestro y al que deseamos larga vida.

La plana de anuncios de *La Correspondencia* presenta algunos dias contrastes singulares.

El jueves, por ejemplo, nos hacia saber que un memorialista proporcionaba dinero con un módico interés á los empleados, y poco más adelante nos ofrecia los servicios de un abogado que traduce con esmero del francés al español, á medio real cuartilla de quince líneas.

Consecuencia: la carrera que más conviene seguir es aquella que pueda conducirnos á un portal.

Se dice que va á subastarse de nuevo el teatro del Príncipe.

Confieso mi debilidad, pero mejor entraria en una ratonera.

Con el título de *La Chismosa* ha escrito el poeta valenciano Sr. Gaspar una comedia destinada á los teatros de Madrid.

Hay quien cree que la obra ha sido hecha expresamente para una de nuestras primeras actrices.

El deber.

(SONETO).

En vano, en vano con enojo ciego sin cesar me recuerdas mis deberes; ellos cambian en llanto mis placeres y en ilusoria sombra mi sosiego.

Sigo al deber como el calor al fuego y el jóven inexperto á las mujeres, y, aunque otra cosa por malicia infieres, siempre en los mares del deber navego.

Esclava del deber es mi persona: termine la enojosa reprimenda,

que del mártir merezco la corona.

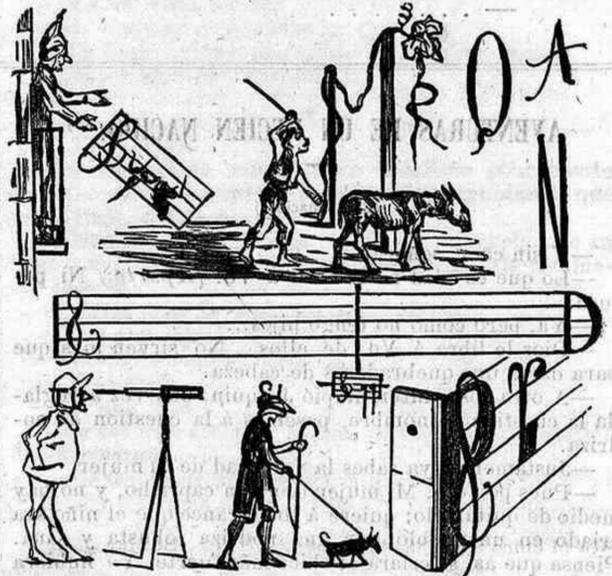
¡Dudas aun?...—Pues ay quien me defienda: —el sastre, el zapatero y la patrona juran que sigo del deber la senda.

P. M. Barrera.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior:—*Vaticano*.

GEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo.)

ANUNCIO.

CAMBIO DE GABINETE.—EL DEL ESPECIALISTA Y acreditado pedicuro Taverner se ha trasladado á la calle de la Montera, núm. 49, entresuelo. Cura en realidad y radicalmente los callos, ojos de pollo, verrugas, sabañones y otras dolencias de los pies y manos. Garantiza la curacion, que es sin dolor. Recibe y da prospectos de 4 á 4. Visita tambien á domicilio, y los honorarios son módicos. Facilita los remedios, con sus instrucciones, á todo el que quiera usarlos por si mismo. Los depósitos en las principales farmacias del reino.—2

Editor responsable, D. JOSÉ PÉREZ.

MADRID: 1867.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.